

Pierre Bourdieu y la teoría sobre la dominación masculina¹

Mary Luz Sandoval Robayo

Pierre Bourdieu basa su teoría sobre la dominación masculina en la tesis de la “inversión entre causas y efectos”, es decir, en la naturalización de la construcción social arbitraria de lo biológico, relativa a la división entre los sexos, de acuerdo con la visión androcéntrica. El objetivo primordial de Bourdieu es “poner en cuestión la permanencia o cambio del orden sexual” en las sociedades humanas. Contrario a cualquier optimismo, Bourdieu plantea que las relaciones entre los sexos están menos transformadas de lo que superficialmente se ha tendido a creer.

La sociedad cabilena de Argelia le sirvió de instrumento para esa demostración, en virtud de ser una sociedad androcéntrica muy bien conservada. Probó así que las *estructuras objetivas* y las *estructuras cognitivas* siguen obedeciendo a la “*eternización*” de la división sexual. Esos aspectos muy marcados especialmente en este tipo de sociedades menos desarrolladas desde el punto de vista económico, superviven en las sociedades contemporáneas bajo formas más disimuladas.

La pregunta que guía el texto es: ¿Cuáles mecanismos históricos son los responsables de la *deshistorización* y de la *eternización relativas* de las estructuras de la división sexual y de los principios de división correspondientes?

A pesar de que va en contra de la propia intencionalidad del autor, esta forma de asumir el problema, lleva a preguntarse sobre el origen histórico de la sujeción de la mujer. La respuesta en el marxismo es incompleta, en gran parte por el estado de desarrollo de las diversas ciencias de entonces, y está condicionada a la perspectiva única del surgimiento de la familia monógama y de las clases sociales. Otro

¹ El artículo consiste en algunos comentarios y reflexiones sobre el texto de Pierre Bourdieu: “La dominación masculina”, y en la relación de éste, no siempre manifiesta, con varios de los pasajes de la obra de Virginia Woolf. No es una búsqueda sistemática sino una muestra de la importancia que otorgó al tema de la condición femenina.

interrogante tiene que ver con los mecanismos históricos mediante los cuales se logra la disminución de la autoridad patriarcal a lo largo del desarrollo de la comunidad doméstica y de su relación con el Estado en Occidente, lo cual nos conduce directamente a los planteamientos teóricos de Max Weber. Buena parte de su obra posee importantes aportes para resolverlo. Weber prueba a través de la historia que efectivamente la autoridad del “pater familias” disminuye con la transformación de la sociedad doméstica y con la apropiación y monopolización por parte del Estado de esa autoridad, mediante el derecho. No obstante, la investigación de Weber acarrea la formulación de nuevas preguntas, a raíz de su comprobación histórica acerca de la inexistencia de un estadio llamado matriarcado.

Virginia Woolf desde su singular punto de vista, luego Simone de Beauvoir, y en los setentas del siglo XX, Evelyne Sullerot, la socióloga francesa del “Hecho femenino, ¿qué es ser mujer?” responderían algunas de estas preguntas. Sullerot no le temió como las feministas de su tiempo a hacerse la pregunta fundamental desde el punto de vista biológico. Así llegó a la conclusión según la cual:

“Se consideraba a la naturaleza como el origen y la justificación del lugar de las mujeres en la sociedad: tareas, roles, estatutos, poderes, etc. Las referencias a su fisiología presentaban una tal amplitud, y sus representaciones mitológicas e ideológicas una tal autoridad, que disimulaban todos los demás aspectos, más económicos y socioculturales y sus mecanismos de dominación”².

Para esta autora fueron las ciencias de la naturaleza, paradójicamente, como la fisiología, la biología y luego la genética, las que sin pretenderlo, quebrantaron el sistema de explicación biológica de la supuesta inferioridad femenina, gracias a los descubrimientos sucesivos del óvulo en las hembras, de los cromosomas sexuales y su papel en la determinación del sexo del niño, del descubrimiento de los períodos fecundos e infecundos, lo que obligó a reconocer que “la naturaleza había programado el placer sexual de la mujer independientemente de la finalidad de la reproducción”. Así fue como comenzó su *desalienación respecto de la naturaleza*. Y fue también el punto de partida para deslindar campos que se confundían entre sexualidad, reproducción, maternidad y educación. De esa forma, aparecían con más claridad los aspectos culturales: teologías, ideologías, o aspectos socioeconómicos, estructuras de poder, división de roles, como finalidades naturales enmascaradas y abusivamente empleadas para fundar sistemas de representación aseguradores de la dominación masculina. La sociología ya se había empezado a preocupar precisa-

² SULLEROT, Evelyne, “El Hecho Femenino” en *El hecho femenino, ¿Qué es ser mujer?*, primera edición, traducido por Matilde Toboada y Fabián García Prieto, España, Editorial Argos Vergara, 1979, 557 p. Obra colectiva bajo la dirección de Evelyne Sullerot con la colaboración de Odette Thibault, prólogo de André Lwoff (premio Nobel de medicina), 1979, pp. 18-20.

mente por esos sistemas de dominación y explotación colonial, de clase y étnica. Pero la sociología política, del trabajo, de la educación y de la mujer, aparecían poco científicas y en cambio muy ideológicas, en opinión de la autora, al disfrazar mejor aún esos mecanismos socioeconómicos y socioculturales sin tener en cuenta todos los descubrimientos mencionados.

El libro de Evelyne Sullerot —como profetizó ella misma— se convirtió en una referencia fundamental, por la amplia y variada cantidad y calidad de investigadores que intervinieron en él, incluido el famoso biólogo Jacques Monod. La oposición principal se dio entre los defensores de la determinación del medio ambiente y los de los factores biológicos como determinantes del comportamiento diferencial entre los sexos. De todas maneras al cabo de 20 años de investigación, la autora ilustra su conclusión con las siguientes frases:

“(...) es mucho más fácil modificar los hechos de la naturaleza que los hechos de la cultura”.

“Fue mucho más fácil descargar a la mujer de la obligación de amamantar que conseguir que el padre diese el biberón al niño (...). Es mucho más fácil crear anticonceptivos que suprimen la repetición cíclica de las reglas que modificar la actitud cultural de las mujeres respecto a la menstruación. Es la inercia de los fenómenos culturales lo que parece frenar el dominio de los fenómenos naturales”³.

He querido comenzar de esta forma, para insertar a Bourdieu en el lazo sucesivo de investigaciones previas que limpiaron el camino para tratar específicamente el problema de la *dominación* desde el punto de vista cultural. Por supuesto muchas han sido las feministas o mujeres dedicadas a la investigación en general que empezaron desde entonces a trabajar con el concepto de cultura, y con aspectos de orden simbólico como explicativos de la condición y situación de la mujer. El concepto de violencia simbólica también empieza a tener un significado específico dentro de los estudios feministas.

Las feministas han sido acusadas de pretender justificar sus posiciones ideológicas mediante la investigación. Es probable que este sesgo se presentara más de una vez. Pero también es cierta la existencia de una posición prejuiciada respecto de los resultados de tales investigaciones.

La ventaja de que haya sido un teórico de la talla de Bourdieu quien decidiera explorar nuevamente los caminos de la dominación masculina, consiste justamente en otorgar credibilidad a dichos planteamientos. Esta parte de su investigación, además, está inscrita en un complejo sistema teórico más abarcador y explicativo frente al de aquéllas decididas a limitar sus trabajos únicamente al fenómeno de la

³ Ibid, p. 20

dominación relacionado con el género femenino. La influencia de Pierre Bourdieu sobre la intelectualidad europea y norteamericana es, por decirlo así, un aval académico para las feministas interesadas en tratar el tema reiteradamente desde hace varios siglos. A éstas se las ha tachado de tratar de hacer militancia a través del ámbito académico, por ser sujetos y objetos al mismo tiempo de su investigación. De ello se desprende, por otra parte, que precisamente esta credibilidad es sólo otro signo de dominación del punto de vista masculino sobre las cuestiones del campo intelectual.

La visión de Bourdieu, por tanto, no es enteramente original básicamente en lo relacionado con su tesis principal sobre lo simbólico, como él mismo lo reconoce, pues el feminismo ya había adelantado estudios sobre tales aspectos desde comienzos del siglo xx. Sin embargo, sobrepasa sus alcances cuando pone al descubierto esos mecanismos de dominación al introducir el *método relacional*, que desenmaraña el sistema de oposiciones simbólicas entre lo femenino y lo masculino, y al invertir totalmente la relación entre lo cultural y lo natural para explicar la división entre los sexos como principio de las divisiones consiguientes.

Bourdieu sostiene que en la historia aparece como eterno aquello que sólo es producto de un trabajo de eternización realizado por instituciones como la familia, la Iglesia, el Estado y la escuela. ¿No tiene esta afirmación algo que ver con la famosa divisa establecida por Simone de Beauvoir: “*no se nace mujer, sino que se llega a serlo*”?. Una aserción sociológica y culturalmente esclarecedora de la condición femenina.

El autor propone “devolver a la acción histórica, la relación entre los sexos que la visión naturalista y esencialista les niega”. Para Bourdieu, esta visión ha representado algo así como el estancamiento de la rueda de la historia, al excluir de forma arbitraria a uno de los sexos. Por ello dice seguidamente:

“Contra estas fuerzas históricas de deshistorización debe orientarse prioritariamente una empresa de movilización que tienda a volver a poner en marcha la historia, neutralizando los mecanismos de neutralización de la historia”⁴.

Se entiende por deshistorización el vaciamiento de las determinaciones concretas del individuo; se trata de la exclusión de la historia. Virginia Woolf ya lo decía de manera intuitiva: “[las mujeres]...tomarán parte en todas las actividades y esfuerzos que antes les eran prohibidos”. Se trata entonces de una condición de vida de prohibición, de privación, de desaparición y de ausencia. “Una habitación propia” aparece a raíz de una solicitud que se le hace a Virginia Woolf para que dicte una confe-

⁴ BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, traducido por Joaquín Jordá, España, editorial Anagrama, 2000, segunda edición, 159 p., p. 8.

rencia sobre la relación entre la mujer y la novela. Al cabo de muchas cavilaciones e investigación concluye que la mujer:

“...en el terreno de la imaginación tiene la mayor importancia; en la práctica, es totalmente insignificante”.

“Reina en la poesía de punta a punta del libro; en la historia casi no aparece...”

“En la literatura domina la vida de reyes y conquistadores; de hecho era la esclava de cualquier joven cuyos padres le ponían a la fuerza un anillo en el dedo. Algunas de las palabras más inspiradas, de los pensamientos más profundos salen en la literatura de sus labios; en la vida real, sabía apenas leer, apenas escribir y era propiedad de su marido...”

“Era desde luego un monstruo extraño lo que resultaba de la lectura de los historiadores primero y de los poetas después: un gusano con alas de águila, el espíritu de la vida y la belleza en una cocina cortando cebo...”

“No se sabe nada detallado, nada estrictamente verdadero y sólido sobre ella”⁵.

Esta parece ser la mejor manera de explicar el término deshistorización que utiliza Bourdieu, además porque él mismo recurre a apartes de la literatura y del discurso de la autora inglesa de forma permanente. Hará referencia expresa a su obra “Al Faro” para desarrollar el segundo capítulo “La anamnesia de las constantes ocultas”.

La deshistorización en términos puramente burdesianos es el resultado de las relaciones de dominación entre los sexos. La solución de Bourdieu de contrarrestar las fuerzas de deshistorización, es según él, una movilización típicamente política que daría la posibilidad a las mujeres de una acción colectiva de resistencia, orientada hacia reformas jurídicas y políticas que se opone a la resignación y a las visiones esencialistas tanto biólogistas como psicoanalíticas. Hasta aquí parece que Bourdieu desconociera que ha sido justamente ese el camino emprendido por las feministas de todos los tiempos y en todos los países occidentales. Pero ve de forma realista que habría que oponerse igualmente a los discursos feministas que exigen demasiado, a través de acciones poco efectivas, por lo cual obtienen resultados insignificantes.

Esta es una invitación política a las mujeres para romper con lo que él llamaba “la tentación de la revuelta introvertida” de algunos pequeños grupos feministas y con las alianzas que se estatuyen acríticamente con formas y normas corrientes del combate político y que en últimas representan adhesiones a movimientos ajenos a sus intereses.

⁵ WOOLF, Virginia, Capítulo 3, en “*Una habitación propia*”, tercera edición, traducido por Laura Pujol, España, Editorial Seix Barral, 1992, 157 p., pp. 62-63.

En virtud de la simpatía con la causa femenina que decía sentir, planteó su deseo de que las mujeres trabajaran en inventar e imponer, dentro del movimiento social, la subversión del orden de dominación, cuya condición sexual, comparten con las y los homosexuales.

Es decir, el problema de las mujeres no reside –según el autor– en la organización de grupos para la liberación femenina, sino en una acción política decidida a descubrir las bases simbólicas de la dominación masculina en toda la sociedad y en todas las instituciones.

Bourdieu empieza entonces por hablar de la *paradoja de la doxa*, entendiéndola como los supuestos, como los sobreentendidos intersubjetivos, los cuales constituyen el sentido común, pero también como dominación naturalizada que se hace *habitus*.

La realidad del orden del mundo con sus prohibiciones, sus sentidos, direcciones y sanciones, esconden relaciones de dominación que al naturalizarse, hacen aparecer las condiciones de existencia más intolerables, como perfectamente aceptables.

La dominación masculina es un ejemplo de esa dominación paradójica, ejercida por medio de la violencia simbólica. Esa violencia simbólica es insensible e invisible para los dominados, es ejercida a través del conocimiento, reconocimiento y del sentimiento, pero además es admitida tanto por el dominador como por el dominado. Lo importante entonces, según Bourdieu, es devolver a la *doxa* su carácter paradójico y denunciar los procesos responsables de la transformación de la historia en naturaleza y de la arbitrariedad cultural en natural.

La *paradoja de la doxa* consiste así en la socialización de lo biológico y la biologización de lo social que, a través de mecanismos diversos, han invertido la relación entre las causas y los efectos.

Bourdieu conecta las agudas percepciones y proposiciones de Virginia Woolf con la etnología, para evitar el problemático dualismo entre lo material y lo espiritual, que ha explicado de forma parcial, en cada una de sus dimensiones –material y simbólica– la asimetría de los sexos.

La etnología, decía, puede realizar el proyecto sugerido por la autora inglesa, de objetivar científicamente la operación propiamente simbólica del “poder hipnótico de la dominación”, como la llamó la escritora, cuyo resultado es la división entre los sexos tal como la conocemos.

Por ello recurre a un análisis objetivo de una sociedad como la Cabilia organizada según el principio androcéntrico. Una arqueología objetiva de nuestro subconsciente, planteaba, sería el instrumento de un verdadero socioanálisis, para quebrar la engañosa familiaridad con una tradición que llevó a que las apariencias biológicas tuvieran efectos en los *cuerpos* y en las *mentes*, gracias a un formidable

trabajo de socialización, no sólo ejercido en la unidad doméstica, sino elaborado e impuesto por la escuela y el Estado.

Una imagen aumentada

El significado de esta frase se encuentra en algunos apartes del discurso de Virginia Woolf de su texto “Una habitación propia”; sus palabras surgen a propósito de algunas aseveraciones sobre la supuesta inferioridad natural de la mujer y del surgimiento del fantasma de la guerra en Europa:

“Más que nada, viviendo como vivimos de la ilusión, quizá lo más importante para nosotros sea la confianza en nosotros mismos. Sin esta confianza somos como bebés en la cuna. Y ¿cómo engendrar lo más de prisa posible esta cualidad imponderable y no obstante tan valiosa? Pensando que los demás son inferiores a nosotros. Creyendo que tenemos sobre la demás gente una superioridad innata (...). De ahí la enorme importancia que tiene para un patriarca, que debe conquistar, que debe gobernar, el creer que un gran número de personas, la mitad de la especie humana, son por naturaleza inferiores a él. Debe de ser, en realidad, una de las fuentes más importantes de su poder (...)

“Durante todos estos siglos, las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural (...). Los superhombres y Dedos del Destino nunca habrían existido. El zar y el kaiser nunca hubieran llevado coronas o las hubieran perdido. Sea cual fuere su uso en las sociedades civilizadas, los espejos son imprescindibles para toda acción violenta o heroica. Por eso, tanto Napoleón como Mussolini insisten tan marcadamente en la inferioridad de las mujeres, ya que si ellas no fueran inferiores, ellos cesarían de agrandarse”⁶.

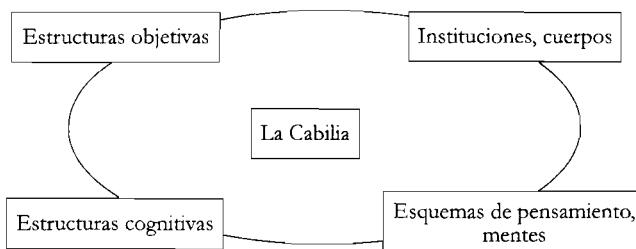
Al estar inmersos hombres y mujeres en esa estructura histórica del orden masculino, debemos recurrir al socioanálisis del inconsciente androcéntrico con el fin de escapar a ese influjo, ensombrecedor incluso de la investigación científica. Pierre Bourdieu reconocerá en la Cabilia a una comunidad que servirá mejor que otras, como un instrumento de trabajo para tal experimentación.

Propondrá realizar un análisis etnográfico donde se relacionen las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas.

Como se sabe, el concepto de estructura proviene de la biología y ha sido utilizado por la neurociencia, según la cual, el cerebro es visto como el órgano de la mente. De esta forma, el concepto sugiere la conexión entre constitución corporal y personalidad. Las estructuras cognitivas desde ese punto de vista, son cons-

⁶ Ibid, pp. 50-51.

Gráfico 1. Análisis etnográfico



trucciones referidas a lo neuronal, y constituyen conexiones con capacidad de almacenamiento de información. En Bourdieu, por lo visto hasta ahora, puede tener un sentido semejante, pero llevado al orden social y cultural⁷. Para Bourdieu esas estructuras cognitivas no se encuentran en el orden consciente, como en la neurociencia, sino que representan el aspecto inconsciente de los seres humanos. Sin embargo, sugieren la imposibilidad de separar el cuerpo de la mente, pues el cerebro hace parte del cuerpo. En ello radica cabalmente la fortaleza de su teoría sobre la dominación, esto es, en no separar la interioridad de la exterioridad.

El autor encuentra en los campesinos de la montaña de la Cabilia un orden proclive al mantenimiento de unas estructuras inalteradas, generadas y generadoras de comportamientos y discursos que representan la forma paradigmática de la visión “falonarcisista” y de la cosmología androcéntrica. Esa visión, según el autor, sobrevive aunque de manera parcial y fragmentada en las estructuras cognitivas y sociales del resto de las sociedades (tanto mediterráneas como europeas).

La construcción social de los cuerpos

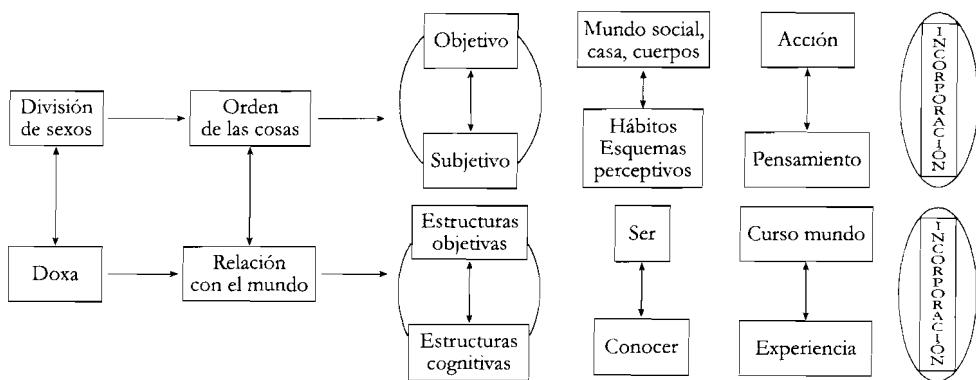
La sociedad cabileña mantiene un orden sexual cargado de determinaciones antropológicas y cosmológicas, es decir, la construcción de la sexualidad va más allá de lo puramente erótico hasta el encuentro de un sentido sexualizado de la cosmología. Existe una topología sexual afectada por una significación social. Por ello es posible ver una división de las cosas y de las actividades en general, que representa la oposición entre lo masculino y lo femenino, por una necesidad objetiva y subjetiva de inserción en un sistema de oposiciones homólogas, alto/bajo, arriba/abajo, fuera/dentro.

⁷ No obstante, de ninguna manera se pretende dar a entender que Bourdieu tenga una tendencia biologista o presente un determinismo escondido. Constituye una hipótesis o hace parte de la especulación, la idea según la cual, probablemente, ha tomado el concepto de esta ciencia que fue la primera en utilizarlo.

Los esquemas de pensamiento registran como diferencias naturales y objetivas unas características sólo distintivas en el orden corporal; ellas contribuyen a existir y naturalizan esas diferencias que aparecen confirmadas por los ciclos biológicos y cósmicos. Establece que el sistema mítico es a la Cabilia lo que el orden jurídico a las sociedades diferenciadas, en tanto que se ajusta a la división preestablecida y consagra el orden erigido, reconociéndolo como oficial. La experiencia dóxica abarca el mundo social y sus divisiones arbitrarias, como la división entre los sexos, la cual es socialmente construída (correspondiente a lo que hoy se llama género).

En virtud del descubrimiento de las acciones de unos “mecanismos profundos”, no explicados por el autor, los cuales operan entre las estructuras cognitivas y las sociales, un pensador puede imputar efectos simbólicos de legitimación (de socio-dicea) a factores que son o pueden ser ideológicos:

Gráfico 2.



No obstante, el orden masculino no requiere justificación ni legitimación. Aparece como neutro, tiene una inmensa máquina que lo ratifica llamada orden social. A través de ella se asignan tareas, espacios, momentos específicos a cada sexo; incluso la casa se convierte en un lugar de espacios femeninos y masculinos. Las cosas en general adquieren esa connotación. Literalmente: *“El mundo social construye el cuerpo como realidad sexuada y como depositario de principios de visión y división sexuantes...”*⁸.

“El programa social de percepción incorporado” como denomina Bourdieu a la relación entre esquemas objetivos y cognitivos, se aplica, según el autor, a todas las cosas del mundo. *Pero en primer lugar al cuerpo en sí*, como realidad biológica, en

⁸ BOURDIEU, Pierre, “La construcción social de los cuerpos” en “La dominación masculina”. Op. cit., p. 22.

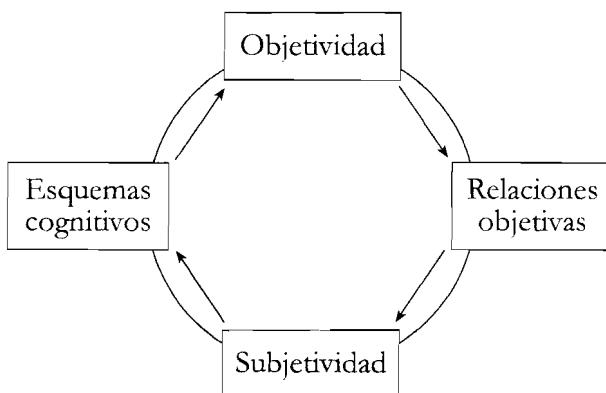
correspondencia con la visión mítica del mundo de la dominación de los hombres sobre las mujeres.

Semejante a Marx, para quien la dominación de la mujer en la comunidad doméstica es el principio de toda dominación, para Bourdieu, es así pero llevado, por supuesto, a todas las instancias de lo cultural-simbólico, y del mundo en general. Es decir, dicho principio se aplica a todas las formas de dominación entre los seres humanos, y en todos los campos constitutivos de la lucha social.

La diferencia anatómica, biológica entre hombres y mujeres aparece como la justificación natural de la diferencia establecida entre los sexos (hoy por ello denominados géneros para significar construcción social y cultural) y de la división sexual del trabajo en particular. El cuerpo y sus movimientos, también son construcciones que aparecen como naturales, como naturaleza apoyada realmente en la visión social.

Se establece entonces lo que Bourdieu llama “una relación de causalidad circular” que si pudiéramos trasladarlo gráficamente sería:

Gráfico 3.



La virilidad en su aspecto ético como *vir*, *virtus*, es indisoluble de la virilidad física. *Vir* = el varón, hombre, marido; *virtus* = valor, ánimo, valentía, poder, facultad, potestad, fuerza. Lo inmediatamente anterior se manifiesta mediante demostraciones de fuerza sexual como la desfloración de la novia, tener muchos hijos, etc., el falo concentra todas las fantasías colectivas de la fuerza fecundadora.

Para Bourdieu, al parecer, el mito se vuelve simbología y la simbología se convierte en cultura. Por ejemplo en la Cabilia se asocia la erección fálica con la dinámica vital de la hinchazón, con el proceso de reproducción/germinación y ésta

con mecanismos de inserción en el sistema de relaciones homólogas lleno/vacío; una lógica que se ve funcionar en los procesos objetivos, cósmicos y en el hecho de ver el renacimiento del abuelo en el nieto al colocarle su nombre.

A pesar de todo lo anterior, Bourdieu reconoce la posibilidad de lo denominado por él la “*lucha cognitiva*”. Los dominados aplican a lo que les domina unos esquemas producto de la propia dominación, así sus actos de conocimiento se convierten en actos de reconocimiento, pero mediante la lucha cognitiva pueden oponerse a la dominación simbólica. No obstante, estos mecanismos no aparecen claramente en la secuencia del discurso del autor.

A través de la historia, incluso la anatomía de la mujer (como sus órganos sexuales) son concebidos siempre con referencia a la del hombre. Por ejemplo, hasta el renacimiento no se disponía de un término anatómico para describir detalladamente el sexo de la mujer, representado como compuesto por los mismos órganos masculinos pero dispuestos de forma diferente. Más tarde, referido a la oposición entre interior/exterior, pasividad/actividad. O como en el caso de la teoría psicoanalítica de Freud desplazando su sexualidad del clítoris a la vagina (que representa el vacío y la inversión del falo).

El acto sexual en sí mismo se encuentra pensado en función del principio de la supremacía de la masculinidad. La posición sexual en que la mujer se coloca encima del hombre, es condenada por muchas sociedades. Asimismo el papel del mito en la Cabilia tiene una intención de justificación simbólica del orden sexual, social y cósmico representativo de la dominación legítima del principio masculino.

En resumen, el acto sexual es concebido por el hombre como una forma de dominación, de apropiación, de posesión, y esto es así especialmente cuando la penetración se ejerce sobre otro hombre. La dominación masculina se concreta de la forma más fuerte y real en la relación sexual, “penetración y poder forman parte de los privilegios de la élite dirigente masculina”.

La asimilación de la dominación

Desde el punto de vista del autor, se ha reconocido el cuerpo y los órganos sexuales como producto de un trabajo social de construcción. No es el falo o la ausencia de él el fundamento de la visión androcéntrica, sino que esa visión, el estar dividida en los géneros relationales masculino/femenino, instituye el falo como símbolo de la virilidad de lo masculino, y la diferencia en el fundamento objetivo de la jerarquización.

Con esta afirmación –el autor– trata de devolver el carácter paradójico de la doxa. Aquí es necesario transcribir literalmente su explicación:

“No es que las necesidades de la reproducción biológica determinen la organización simbólica de la división sexual del trabajo y, progresivamente, de todo orden natural y social, más bien es una construcción social arbitraria de lo biológico, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus costumbres y de sus funciones, en particular de la reproducción biológica, que proporciona un fundamento aparentemente natural a la visión androcéntrica de la división de la actividad sexual y de la división sexual del trabajo y, a partir de ahí, de todo el cosmos”⁹.

Ahora bien, este trabajo de construcción no solamente se concreta en las representaciones del cuerpo, también *transforma profundamente los cuerpos y los cerebros*, mediante una construcción práctica que impone la diferenciación desde la niñez, como una especie de somatización de las relaciones sociales de dominación. Es decir, haciendo del aprendizaje mental y psicológico, una actitud del cuerpo. De esta forma, a través de un enorme trabajo colectivo de socialización se instituye el arbitrario cultural en hábitos diferenciados sexualmente, surgidos de un trabajo a la vez teórico y práctico, que resulta siendo automático.

Los ritos de iniciación y exaltación de la virilidad cumplen más eficazmente su misión simbólica que el mero discurso mítico. De suerte que, por ejemplo, en el trabajo de virilización o desfeminización, en la Cabilia, para introducir al niño en el mundo de los hombres, éste lleva un traje nuevo y una cinta de seda en la cabeza, recibe un puñal, un candado y un espejo, mientras su madre deposita un huevo fresco en la capucha de su albornoz. En la puerta del mercado, el niño rompe el huevo y abre el candado, actos viriles de desfloración, y se mira en el espejo que, como en el umbral, es un operador de inversión. El padre le guía por el mercado, mundo exclusivamente masculino, y lo presenta a los restantes hombres. A la vuelta, compran una cabeza de buey, símbolo fálico,... En el caso de la mujer constituida como entidad negativa con referencia al hombre, aprende el arte de vivir femenino, asimilando inconscientemente la obediencia y el modo correcto de vestirse, caminar, mirar, etc. Este aprendizaje es más eficaz en tanto permanece tácito. La sumisión femenina se traduce en la forma de doblar el cuerpo, de someterse, contrario a la rectitud en la postura del hombre. Todo ello según Bourdieu contiene una ética, una política y una cosmología, e incluso una estética que reside en el sistema de adjetivación alto/bajo, recto/torcido, abierto/cerrado, etc. Esta actitud sumisa impuesta a las mujeres cabilenas: “es el límite de la que en la actualidad, sigue imponiéndose a las mujeres en Estados Unidos o en Europa”¹⁰. Lo cual se evidencia no sólo en las actitudes, comportamientos, o formas de vestir sino en la

⁹ Ibid, p. 37.

¹⁰ En la novela “Los años” de Virginia Woolf es narrada la actitud de la esposa de la siguiente manera: “Rápida en servir a la ambición que alumbraba tan monstruosamente el ojo de su marido hacia la dominación y el poder, ella se doblaba, se aplastaba, se achicaba y disminuía”. p. 211.

utilización que hace de la mujer la publicidad, incluso en Francia después de medio siglo de feminismo.

Se verá cómo las correspondencias arbitrarias atribuidas a los sexos en la Cabilla como los oficios situados en el exterior, de lo oficial, lo público, los actos peligrosos, la decapitación del buey, la labranza para los hombres y lo doméstico, lo privado, lo oculto, invisible y vergonzoso para las mujeres, será traducido por Bourdieu para las sociedades industriales, en las divisiones y exclusiones en la educación, en las profesiones, y en la vida en general.

En un apartado sobre el análisis de la tan mentada intuición femenina, Bourdieu establece que ésta es inseparable de la sumisión objetiva y subjetiva, pues es producto de la obligación que tienen los dominados de prestar mayor atención y adelantarse incluso a los deseos ya no manifiestos sino tácitos de los dominantes, como el caso de las mujeres triplemente dominadas, las sirvientas negras, acostumbradas a identificar emociones no expresadas, no verbales. Virginia Woolf ya había anticipado otro tanto en su texto “Una habitación propia”. Para la autora la vida doméstica cultiva el lado irracional de la naturaleza de la mujer; pues se caracteriza por la primacía del sentimiento. La labor doméstica supone todo un ejercicio sutil de discernimiento de los sentimientos ajenos y la habilidad de obtener conciliación entre las relaciones interpersonales¹¹.

La transgresión de la violencia física ejercida por los hombres, utiliza armas igualmente débiles como la mentira y la pasividad (especialmente en el acto sexual) o la entrega infinita de la víctima que se victimiza aún más a través del sufrimiento silencioso “como regalo sin contrapartida posible o como deuda impagable”. En una especie de castigo por su propia malignidad. Es la lógica de la maldición, equivalente a la profesión que se cumple a sí misma.

La violencia simbólica

No significa minimizar la violencia física, tampoco es opuesta a lo real y es perfectamente efectiva e histórica.

“Las estructuras de dominación son el producto de un trabajo continuado –histórico por tanto– de reproducción al que contribuyen (...) los hombres con unas armas como la violencia física y la violencia simbólica y unas instituciones: Familia, Iglesia, Escuela, Estado”¹².

¹¹ La película “El color púrpura” de Steven Spielberg, muestra esta parte de la vida cotidiana, a través de varias escenas bastante parecidas a lo descrito. La esposa negra sometida a un tipo de esclavitud doméstica por medio de la violencia en una primera fase, luego de la cual se adapta a los deseos y necesidades de su marido anticipándose a ellos en cada uno de los actos diarios.

¹² BOURDIEU, Pierre, “*La dominación masculina*”, op. cit., p. 50.

La violencia simbólica es suave e invisible surge cuando “los dominados aplican a las relaciones de dominación unas categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer de ese modo como naturales. Eso puede llevar a una especie de autodepreciación...”, visible especialmente en la imagen que tienen las mujeres de la Cabilia sobre su propio sexo como algo deficiente y feo, adhiriéndose a una visión desvalorizada de la mujer. Esa adhesión a la idea dominante hace que ésta aparezca como natural. Bourdieu encuentra en Occidente su manifestación en las formas convencionales de escoger pareja. De acuerdo con ellas el hombre debe ocupar la posición dominante en la pareja, como ser más alto, más viejo o tener mejor posición económica.

Esto último se opone a la imagen romántica del amor; éste no está exento de cálculo racional. En términos del autor francés “el amor es a menudo para una parte *amor fati*, amor del destino social”. Es una lógica paradójica en donde la dominación masculina y la sumisión femenina no se contradicen, por el contrario, verifican el orden social impuesto a hombres y mujeres quienes se adaptan a él.

La violencia simbólica es una forma de poder ejercida sobre los cuerpos y por “arte de magia” no requiere de la coacción física. Esta supuesta magia actúa como un disparador automático, es producto de una socialización previa que ha transformado los cuerpos y se ha ejercido de manera invisible e insensible, a través de un permanente contacto con un mundo físico, simbólicamente estructurado, para introyectar las estructuras de dominación. Gracias a esa supuesta magia, dominadores y dominados contribuyen sin saberlo o sin quererlo a la propia dominación de éstos últimos. Por ende los dominados se someten, a pesar de ellos mismos, a la opinión dominante.

Para Bourdieu estas estructuras dominantes respecto del sexo, la etnia, la cultura o la lengua que ya están somatizadas, como ley social incorporada, no pueden ser anuladas por medio de la voluntad o la toma de conciencia liberadora; pues ya están inscritas en los cuerpos. Incluso pueden sobrevivir mucho tiempo luego de la desaparición de sus condiciones sociales de producción.

La dominación no es sólo externa –como en la concepción marxista– sino interna y por esa lógica utilizada por Bourdieu, es imposible de vencer por medio de la conciencia y de la voluntad. Aun cuando existan o se conquisten libertades formales como en Occidente el derecho al voto, a la educación, al acceso a las profesiones, las mujeres se automarginarán; como en el caso de la Cabilia, la “agorafobia socialmente impuesta”, sobrevivirá a la abolición de las prohibiciones. De igual forma, los que acusan a las mujeres de ser causa de su propia opresión, atribuyéndoles cierto masoquismo, también son víctimas o producto de las estructuras objetivas de dominación que contribuyen así a reproducir.

Las estructuras cognitivas son una construcción social del mundo y sus poderes, pero es una construcción práctica no intelectual, consciente o libre. *Ese poder se inscribe en los cuerpos bajo la forma de esquemas de percepción que orientan la admiración, el respeto o el amor.*

La dominación así vista, como simbólica es inmensamente más fuerte que la planteada por Marx puesto que ya no basta con destruir las estructuras objetivas de la dominación pensada como exclusión. En últimas este tipo de dominación es imbatible, pues se ha biologizado en los cuerpos y en las mentes. Bourdieu no da una salida o una explicación a los mecanismos de rompimiento de esas estructuras. Pero se podría derivar que hasta tanto los seres humanos, ya libres de esas estructuras objetivas, sean socializados tan larga y formidablemente como las anteriores generaciones sometidas, no será posible ese quebrantamiento. Sería un ejercicio de socialización para la libertad, es aprender a ser libre, lo cual representa una contradicción en sí mismo, sensación completamente desconocida para el dominado, quien en últimas acostumbrado al sometimiento no la necesita. De todas maneras como consecuencia del razonamiento del autor, el cambio de la estructura cognitiva pasaría por el cambio de la estructura objetiva.

Pero esto último es sólo una especulación, pues, según el sociólogo francés, la dominación impone a las oprimidas lo que en su lenguaje constituyen las “limitaciones de las posibilidades de pensamiento y de acción”. La visión dominante no es simplemente una representación mental, unas ideas en la cabeza, una ideología, sino “un sistema de estructuras establemente inscritas en las cosas y en los cuerpos”, por lo cual, no basta para removerla, la voluntad o la conciencia. Posee un poder hipnótico, frente a manifestaciones, conminaciones, sugerencias, reproches, órdenes o llamamientos al orden. Veamos el símil que es tomado de Virginia Woolf: hipnosis significa de acuerdo con el diccionario: “Sueño parcial del cerebro producido artificialmente por la acción de hipnotizar. Es un entorpecimiento de la conciencia, sin eliminar la atención ni la percepción. El sujeto hipnotizado puede realizar los gestos automáticos que se le ordena hacer e incluso puede mantener posturas incómodas que recuerdan la catalepsia. Es dócil a las sugerencias del hipnotizador que sabe adormecer todas las regiones del cerebro a excepción de aquella que desea influenciar. Al despertarse el sujeto hipnotizado se acuerda tan sólo de que tiene que ejecutar los actos ordenados durante su sueño. Los procedimientos empleados por el hipnotizador son sencillos: <fascinación> del sujeto diciéndole que mire fijamente a un punto luminoso, y, especialmente, la creación de un clima psicológico monótono (algo así como la vida cotidiana doméstica), favorable al adormecimiento de las regiones cervicales no sugestionables.

En síntesis las inclinaciones o hábitos son inseparables de las estructuras que las producen y reproducen. En el mercado simbólico el capital tiene como dispo-

sitivo el mercado matrimonial. Las mujeres en él contribuyen con la función de mantenimiento o aumento del capital simbólico de los hombres. En la Cabilia ellas sirven a la construcción social de las relaciones de parentesco, son reducidas al estado de objetos, de instrumentos simbólicos al servicio de la política masculina. Podríamos encontrar un sinnúmero de analogías en la vida de las sociedades modernas.

Los hombres también se hacen prisioneros y víctimas de la dominación al aspirar a un *status* de virilidad imposible. Las exigencias del orden simbólico lo obligan a ello no sólo frente a su capacidad reproductora sexual sino en la aptitud que debe tener siempre para el ejercicio de la violencia.

Por último, la tesis que Bourdieu sustenta se basa en la obra de Virginia Woolf. Ella consiste en la reproducción, permanencia y eternización de los esquemas de dominación. Bourdieu lo aplica al caso de la Cabilia y luego a las sociedades occidentales más desarrolladas. El sistema clasificatorio de la Cabilia, que representa de esa manera a todas las sociedades primitivas, se reproduce a través de los siglos, aún en contra de la evolución económica y social. Reaparece en la burguesía inglesa, tan agudamente dibujada por la escritora, es decir en Occidente. Para percibir más fácilmente la extrapolación, recurre al concepto de deshistorización. En su análisis sobre las constantes y las permanencias de los signos de la dominación sexual: la Iglesia, el Estado, la Escuela y la Familia son los principales protagonistas. Su función no se ha limitado solamente a la exclusión de algunos campos sino que han incidido profundamente en la reproducción de la jerarquización, pues ellas mismas son estructuras jerárquicas y excluyentes.

¿Cómo plantea entonces Bourdieu la tarea a los futuros investigadores(as)?: en primera medida reinsertando en la historia la relación de los sexos. Para ello es necesario hacer que la investigación histórica no se limite sólo a describir las transformaciones de la condición femenina, como han hecho muchas feministas, ni la relación de los sexos a través de los tiempos, labor llevada a cabo por varios historiadores; Pierre Bourdieu recurre al deber de establecer en cada período histórico cómo esas instituciones han contribuido a “aislar más o menos completamente de la historia las relaciones de dominación masculina”. Esa tarea consistiría entonces en develar los mecanismos estructurales y las estrategias que les han permitido a esos agentes perpetuar durante toda la historia las relaciones de dominación entre los sexos. En una tal perspectiva, está todo por hacer.

Conclusión

Desde el punto de vista del sociólogo francés, la labor de divulgación de una forma de dominación tiene efectos sociales incluso opuestos: puede reforzar simbólicamente la dominación o contribuir a neutralizarla (“favorecer la reacción de las víctimas”). En ese sentido su propia obra puede caer en uno de los dos extremos. En sus propios términos el desenmascaramiento de los mecanismos de dominación es a la vez estructurada y estructurante. Absolutamente nada garantiza la utilización de la claridad para ahogar las “disposiciones subversivas”.

Bourdieu defendía la posibilidad de trabajar en proyectos militantes, en tanto ellos no necesariamente son a científicos; evitar a toda costa los juicios de valor es una misión utópica. En cambio, habría que convertir las “disposiciones subversivas” en “inspiración crítica”, en “movilización política e intelectual” y de “uno mismo”.

Pero en esa tarea, existen dos riesgos: quedarse en la mera ratificación científica de la dominación (brindando armas a los dominadores), caer en los esquemas que se intentan develar, o generar sospecha frente a los resultados de lo investigado.

Aunque el sociólogo francés no ignoró el movimiento feminista que logró finalmente sacar de la esfera privada la dominación entre los sexos para colocarla a la orden del día en la esfera de lo público, esto es, en lo político, en muy pocas ocasiones reconoció de forma específica los nombres y los antecedentes en los cuales basó su investigación.

Por último, abrogándose el derecho de consejero y en una actitud paternalista, contraria precisamente a lo esperado, recomendó al movimiento feminista no encerrarse en una lucha política en favor de la paridad entre hombres y mujeres, pues de esa forma, se corre el peligro de provocar un “universalismo ficticio”, según el cual se favorezca simplemente el reemplazo en las posiciones de dominación.

Se deduce de sus recomendaciones, pero no de su obra, que sólo una acción política en la cual se tengan en cuenta los mecanismos y efectos de la dominación existentes en la relación entre las estructuras cognitivas y las estructuras objetivas, se puede contribuir a la extinción de la dominación masculina. No obstante, la complejidad y profundidad de la dominación descrita por Bourdieu, hace ver su propia propuesta de solución infinitamente pobre e insuficiente.

Referencias

- BOURDIEU, Pierre, *La dominación masculina*, traducido por Joaquín Jordá. Editorial Anagrama, España, 2000, segunda edición, 159 p.
- SULLEROT, Evelyne, "El Hecho Femenino" En: *El hecho femenino, ¿Qué es ser mujer?* Traducido por Matilde Toboada y Fabián García Prieto, Editorial Argos Vergara, España, 1979, 557 p.
- WOOLF, Virginia, *Una habitación propia*. Traducido por Laura Pujol, Editorial Seix Barral, España, 1992, tercera edición, 157 p.
- WOOLF, Virginia, *Los años*. Traducido por Andrés Bosch, Editorial Lumen, España, 1983, primera edición, 211 p.

Mary Luz Sandoval Robayo

Socióloga

Profesora e investigadora Universidad Libre
y Universidad Nacional de Colombia
e-mail: maryluzsandoval@hotmail.com